



POETAS MENORES.

Estaba pensando poner un aviso en los periódicos diciendo, poco más ó menos, lo siguiente:

«*Aviso al público:* Se han perdido los poetas españoles. Se dará una buena gratificación, sin averiguación ninguna, á quien encuentre á alguno de ellos y lo traiga á esta imprenta.»

Y yo no puse el anuncio, por temor de que todavía exista algún poeta en España y crea ese desconocido caballero que tuvo la intención de confundirlo con las perritas chihuahueñas.

Pero es verdad que ya no hay poetas en España. En la nación en cuyo cielo no se ponía jamás el sol, ya se pusieron —ó ya no ponen— los poetas.

Abro con avidez las páginas de la «Ilustración Española y Americana,» y no hallo versos, ó, si los hallo, vuelvo á dejarlos en su sitio para no cargar con ellos, porque son muy pesados. Encuentro algunos sonetos del Marqués de Dos Hermanas—personaje á quien no tengo el honor de conocer, y cuyo apellido me parece que estaría bien como rótulo de alguna casa de modas;—pero después de leerlos surge para mí un «conflicto entre dos deberes»: ¿á quién amo más, á la literatura ó á la familia del Marqués? ¿Desearé á éste la muerte, ó que se convierta y no escriba? Como tiene dos hermanas, es de caridad desearle al Marqués que viva y las mantenga. Pero como tiene más ripios que hermanas, es de literatura el desear que se muera.

Pregunto por Núñez de Arce y por Campoamor; pero Núñez de Arce nunca está en casa: anda viajando, probablemente; y Campoamor prepara su maleta para un viaje muy largo! A Zorrilla lo coronan; ¡pero Zorrilla ya no hace poesía. . . . se acuerda en sus versos de que hacía poesías! Velarde pinta y pintarrajea. Grilo agrega otra / á su apellido y dice á éste que cante, por las noches, en el corredor de alguna marquesa. Fernández Show, que era un niño prodigio, dejó de ser prodigio al dejar de ser niño, y se quedó en Fernández. Menéndez Pelayo no ha querido ser poeta. Manuel del Palacio es un calaverón que no quiso casarse con la poesía cuando era joven, y considera que ahora es muy tarde. Valera siempre ha sido viejo y ha gozado mucho de la musa ajena, de modo que ya no le es posible fecundar á la propia. Cánovas del Castillo espanta á las musas, que huyen de él. Núñez de Arce no quiere; el Conde de Chestre no puede. . . . y el resultado es que no hay poetas! El poeta más poeta que actualmente hay en España, es un poeta que no hace versos: Castelar.

Tiene la literatura española en este año pedazos de autores cómicos, como Vital Aza; y autores dramáticos deformes, como Echeagaray; pero no tiene ningún poeta lírico cuya valía pueda, relativamente, equipararse á la de Castelar en la tribuna parlamentaria, ni á la de Pérez Galdós ó Pereda en la novela.

Con decir que Grilo ha decaído, queda dicho todo. ¡Es como si se dijera que cayó de la cama un hombre que estaba durmiendo!

* * *

¿Pero ¿será una decadencia peculiar de España? ¿No agoniza, aquí y allá, como una pobre tísica, la poesía? ¿Qué gran poeta nuevo ha surgido en Francia? Diríase que todos los poetas franceses están pobres, porque Víctor Hugo gastó mucha poesía. Lecomte de Lisle pone en verso francés la poesía helénica. Coppée versifica admirablemente la vida moderna. Pero ¿el quejido tierno de Musset? ¿la serenata de Lamartine? ¿la regocijada canción de Beranger? ¡No hay Beranger, ni hay Musset, ni hay Lamartine? ¡Cada día hay más poetas que hacen versos bonitos y atildados y pulcros; pero hay menos poetas!

¡Porque hay menos amor; porque hay menos fe!—¡Hijos del si-

glo—decía Juan Pablo Richter—todos somos huérfanos!—¡Poetas modernos—digo imitándolo—todos somos pobres!

El pesimismo no ha producido en esta época un cantor igual á Leopardi. La desesperanza, el tedio de la vida, no han encontrado una elocuencia poética comparable á la de Lord Byron. ¡Ni la naturaleza quien la ensalce dignamente como Homero; ni el placer quien lo celebre como Horacio. De modo que la poesía lírica se va quedando atrás, y será con el tiempo algo así como la madre vieja de una actriz coqueta que se llama la Ciencia.

* * *

Entre nosotros nótese la misma postración de la poesía. Hay *poetas* de encargo en los álbums; *poetas* de nombramiento en las ceremonias cívicas; *poetas* de afición en las reparticiones de premios y en los números dominicales de los periódicos; pero los poetas designados por Dios y no por el Ayuntamiento, escasean mucho.

A uno de los amadores de la Musa decía yo, hace poco, para consolarlo:

«Si lamentas la muerte de las ficciones, oye la poesía de las realidades:

—Josuah Electricman, el prodigioso sabio americano, acaba de inventar una máquina destinada á hacer veces de padre de familia, y que se denominará *galvanopater*. Josuah Electricman tiene treinta y siete años y el corazón á la derecha, más á la derecha de lo que Coquelin Molière imaginaba. Barba negra, ojos expresivos. Conviene á saber que sus antiguos ojos eran malos, y que Josuah Electricman los desperfeccionó, substituyéndolos, después de una ablución etérea, con un doble *plumello glass*, primer invento suyo, que permite ser á voluntad miopes para los estudios micrográficos, ó présbitas para manejar los discos coloridos en las líneas férreas.

La primera ocasión que yo ví á ese personaje sin par, hallábase en su inmenso gabinete de trabajo, reposando en un sillón que podía, según el caso, transformar en periquera, en escaparate de botellas, en trineo para viajar por Rusia, ó en máquina de lavado el día de la lejía.

Las paredes del cuarto estaban literalmente consteladas de botones marfilinos, puntos de partida de una inmensa red de alambres

conductores que corresponden á todas las estaciones telegráficas del Globo. Por todo adorno, en medio de un paño todo lleno de botones eléctricos, había un espejo desazogado, en cuyo vidrio, gracias á los inventos del famoso electricista, se pintaban por medio de una simple volición del dueño, é instantáneamente, los cuadros más maravillosos de la tierra, cuadros vivos y animados del más indisputable naturalismo. Merced á la combinación mágica de dos aparatos, parecidos á dos regaderas, el *colorofijo* y el *vultógrafo*, Josuah Electricman goza de una colección sin rival de panoramas espléndidos y escenas urbanas deliciosas. Por este medio obtiene, al propio tiempo, un periódico vivo del mayor interés.

Las gacetillas aparecen allí de carne y hueso. La más pequeña vitriolada se exhibe en todos sus detalles horrorosos. La simple presión del dedo pulgar en el botón núm. 4,334 hace que el *vultógrafo* de Borneo, comunicado con el *colorofijo* de la misma estación, produzca al instante en el curioso gabinete de Electricman lo que pasa en un bosque virgen ó recién casado, ora sea un combate ó el amable cuadro de una boda de monos perturbada por las intempestivas reclamaciones de un tigre que se levanta de dormir la siesta. En oprimiendo el núm. 22, los dos patitos, como se dice en la lotería, la boda de los monos desaparece, y surge una escena de estudiantes parisienses á la hora de *Tout á la joie*. Electricman inventa almorzando ó almuerza inventando.

A la hora de comer, planta en su esófago un tubo en cuya boca va desgranando, sin dejar sus trabajos habituales, un rosario de perlas conteniendo diversos extractos: beefsteak concentrado, esencia de legumbres, queso de píldoras, vino en cápsulas, aroma de café en pasta, etc., etc. En tanto que manduca y que digiere, dicta invenciones á su *escribógrafo*, secretario mecánico que siempre está de buen humor y goza de salud inalterable.

El *escribógrafo*, cuna y punto de partida del galvanopater, escribe, dibuja, pinta, esculpe, cuenta las camisas, cepilla la ropa, arregla los papeles, busca los libros en la biblioteca, plancha la chistera, remienda los paraguas viejos y hace los oficios de ese personaje, ahora ya inútil, que en las casas ricas se ocupaba sobre todo de cortejar á la niña de la casa. Es un tesoro verdadero: con resortes de nickel vale cuarenta pesos; con resortes de cobre treinta y cinco.

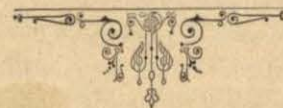
Después de almorzar, el honorable Mr. Josuah Electricman consulta su *medicófero*, que es un médico eléctrico de cuerda móvil,

y si la aguja marca 75 grados, es decir, el equilibrio perfecto de las facultades, el gran sabio reza el *Bendito* por medio de un *theo telégrama* muy curioso, con ayuda del que puede rezarse hasta haciendo un trapecio, cosa que recomiendo á todos los gimnastas protestantes que existen en el territorio de la Unión.

Concluída su oración, mueve el alambre núm. 1,027, y el *poctógeno* le deleita durante breve rato con la esmerada lectura de las poesías más célebres y doctas.»

* * *

Llegando aquí, el poeta suspiró tres veces, y me dijo: ¡Lástima grande que no se haya descubierto la copa que decía la verdad ó sabe el olvido!



Me parece injusticia que España haya festejado dignamente á Núñez de Arce antes de festejar á Campoamor; y me parece injusticia, porque Campoamor está más viejo, más necesitado del cariño de sus nietos, y así como los húngaros acaban de celebrar á Jokai, su escritor, su novelista por excelencia nacional, así como acaban de anticiparle las exequias y el apotéosis porque ya está próximo á morir y no hay que perder tiempo, así al amable Campoamor que tantos días de fiesta ha dado á España y á todos los países en donde se habla y canta el castellano, hay que celebrarle antes que sonriendo se despida de este mundo. Me explico la preferencia dada á Núñez de Arce, porque este es español por los cuatro costados, en tanto que el autor de las «Doloras» es «un poco de todos los mundos,» como dicen los franceses. En los «Gritos del Combate,» todo es intensamente español: por ahí andan Donoso Cortés y D. Manuel Joseph Quintana. En los poemas el poeta se desliga, y franqueando las lindes clásicas de la poesía castiza, entra campante en las literaturas extranjeras. El fragmento que conocemos del «Luzbel» es byroniano; y por altivo y arrogante, se asemeja ese príncipe de las tinieblas al Satán de Milton. Campoamor no crea esas figuras de una pieza; ni su diablo es Satán, sino Mefistófeles, ni su Fausto es un descendiente del Mago Prodigioso, sino el «Licenciado Torralba.» Pero ¡que gran poeta es Campoamor!

El ingenioso y agudo Mariano de Cavia ha protestado como yo

contra el olvido en que se deja á Campoamor. En cambio un ameno y discreto cronista, Fernández Bremon, dice, en resumen: ¡calma y paciencia; para todos hay!

«Sí—le replicó—pero Campoamor se nos va, Campoamor no es un mozalvete que digamos; ya su genio declina como un día muy hermoso. . . . Dáos prisa!

Y la verdad es que en esta preferencia concedida á Núñez de Arce, entra como factor esencialísimo el carácter español.

Insisto en lo que dije: Núñez de Arce es más español que Campoamor y más católico que Campoamor, á pesar de sus dudas, que en rigor son poéticas y de poco momento, no filosóficas ni hondas. Las dudas de Núñez de Arce son armas, gritos de combate. La política se las da. Y las de Campoamor, aunque las niegue ó disfrace, están hasta en los arrebatos místicos del poeta.

«—Usted y yo—decía en una carta Campoamor á D. Juan Valera ó D. Juan Valera á Campoamor—somos los dos católicos, más católicos de España.» Para esos católicos—digo yo ahora—debe Dios haber creado el infierno. Ambos, en mi sentir, son redomados bellacos en materias religiosas y que conservan la venera del catolicismo como se guarda en un salón de casa solariega la galería de retratos en que figuran, con armaduras ó hábitos de corte, los antepasados. Tienen principios y doctrinas muy católicas; pero los tienen dentro del baúl. Son católicos porque son españoles; pero apenas habrá dos hombres más hondamente descreídos; más inclinados á burlarse—en el refectorio, por supuesto, y á media voz—de las cosas santas; menos afectados á la mortificación y penitencia, cuya virtud preconiza todo teólogo; y menos devotos del *contempus mundi*, del menosprecio de la materia y del martirio. Serán dos frailes, si se quiere, pero dos frailes relajados.

El Sr. Valera es aficionadísimo á burlarse de todo; no aprende para saber sino para mofarse de los que no saben. Y la broma más ingeniosa de las suyas, consiste en haber hecho creer á sus paisanos que es cristiano rancio, sin olor de judaizante ó luterano ni la más insignificante levadura de heresiarca. Con los ojos bajos y en la actitud del canónigo que canta ó rezonga los versículos de su breviario, propinándose á cada rato, mas con parsimonia y suavidad, algunos golpes de pecho, suelta, en tono de coro, las mayores y más estupendas herejías. Las doctrinas de Haeckel, las de Darwin, las de Spencer, todas las que llevan colgado al cuello un sambenito

puesto por la Iglesia, campean airosas en los libros de Valera, si bien no francas y desembozadas, sino vestidas de hábito y cogulla. Este crítico es muy capaz de presentarnos al diablo diciendo misa. En la novela «Pasarse de listo» he encontrado, oculta en no recuerdo qué símil de un reloj y un relojero, la teoría darwiniana del origen de las especies. Trata Valera á los santos con el desenfado de los sacristanes que tienen ya adquirida la costumbre de sacudirles el polvo diariamente.

Pero eso sí; á renglón seguido de cometer una de estas faltas de respeto, uno de estos desacatos ó uno de estos sacrilegios, le veréis haciendo genuflexiones ante el tabernáculo, ó besando la mano de algún ministro de Dios. Por donde resulta, que quienes tan contrito y respetuoso le miran, se hacen lenguas de su virtud y hasta en olor de santidad le tienen. Y él se marcha contento de haber embaucado á beatas y viejos rezaderos, sirviéndoles el tósigo del libre examen en las vinajeras del altar. A menos que, á fuerza de engañar, haya conseguido engañarse á sí mismo y se crea católico, no siéndolo, cosa difícil á mi juicio, porque tengo entendido que á Valera ni Valera le engaña.

No sé lo que serán «los dos católicos de España;» pero aseguro que no son buenos católicos. Respecto al Sr. Valera, mis dudas son muchísimas: con el mismo donaire se ríe de unos y de otros. Su retzona carcajada no sabe estarse quieta, y aunque él sube mucho el embozo de la capa para encubrir el movimiento de los labios, los ojos le traicionan. El Sr. Campoamor, jurando y perjurando que la vida es valle de lágrimas, lúgubre selva enmarañada por la que caminamos rumbo al cielo, nos da en sus versos la mejor receta de vivir bien, el aliciente ó estimulante más enérgico para seguir viviendo, en espera de que la muerte venga lo más tarde posible.

Y este poeta, cuyos versos se ponen sin reparo en manos de la niña inocente ó de la mujer rezadora, dice con el mayor despejo las cosas más indecibles, plantea sin escrúpulo proposiciones heterodoxas, enciende los sentidos con sus filtros y brujerías poéticas, sin que por esto le llamen blasfemo como á Enrique Heine, ni lúbrico como á Alfredo de Musset, ni se le cierren las columnas de los periódicos recalcitrantes, conservadores y meticulosos, que harían el signo de la cruz á cualesquiera otros versos, no garantizados por la católica firma de Campoamor. El y Valera son como esos hijos de casa que, para disculpar sus trapisondas y esconder su descreimiento, engañan á

los padres rezando con ellos, el rosario de rodillas, parte devotos y en apariencia compungidos, parte mirando al soslayo, con cierta mirada de requerimiento, á la criada más bonita de la casa. Mucho les vale y mucho les ayuda, para que el ardid les salga bien, hablar en español; porque he notado que cualquiera indecencia puede decirse impunemente en castellano, pero nunca en francés ni mucho menos en galicismo. Ahí están, para no permitir que se me desmienta, comedias y sainetes, plagados de frases que harían ruborizarse á un sargento, y que oyen sin mengua de su honestidad, las mismas señoritas que no van nunca á la ópera bufa francesa, por ser esta invención aborrecible, del demonio en persona. Parece que las indecencias, dichas á las claras, en español liso y llano, de manera que todos las entiendan, no son indecencias.

Otro punto de contacto entre Valera y Campoamor es el misticismo. ¡Cómo palpita este en los capítulos de «Pepita Jiménez,» en los cantos del «Drama Universal,» en los admirables versos de los «Pequeños Poemas!» ¡Pero qué misticismo el de estos grandes artistas! Tómanlo ellos como un excitante; se ciñen el cilicio y se azotan para avivar y enardecer sus sentidos desmayados. No es el misticismo de San Juan de la Cruz, desligado de la carne, vestido de claridades; no es el de Fray Luis de León, cantando en estrofas, de alas intactas, la «Asunción de la Virgen,» ó el encanto de la «Noche Serena;» no, es el misticismo que ve á los querubines de carne; que da al beso de amor el atractivo de un largo plazo; que no vuela alrededor de las imágenes feas ó repugnantes, de los santos con llagas, de las doncellas sin senos, como Santa Agueda, de los mártires chorreando sangre, sino en torno de las vírgenes de mármol, animadas al calor de su fuego, como la estatua de la pagana Galatea; es el misticismo de quien, tristemente cierto de la muerte, seguro de que por fuerza y sin remedio ha de salir alguna vez del mundo, pone otro mundo y otras mujeres en el cielo.

Campoamor se enamora de la angélica Teresa de Jesús, porque sabe que ella es un ángel que no acaba en los hombros como los ángeles de Murillo. Se irá al cielo este poeta; pero se irá como la pecadora de Magdalo «por haber amado mucho,» ó — lo que es más probable — para cerciorarse de que allí están las once mil vírgenes. Se hará sacerdote, si queréis y si quiere, cuando ya esté muy viejo; pero ha de procurar que lo hagan confesor de monjas, para oír voces de mujer, sintiendo su cosquilleo gracioso en el oído; para sorpren-

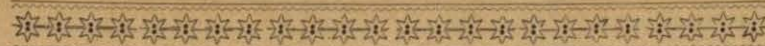
der secretos femeninos; para sentir el roce de una toca blanca ó el calor de unos labios de novicia en la húmeda palma de la mano.

Este misticismo sale, como de una piscina, goteando perlas tibias, no del río negro, entenebrido y rugiente del «Libro de Job,» sino de esa inmensa onda de amor que se llama el «Cantar de los cantares.»

En las «Doloras,» en algunos de los «Pequeños Poemas,» Campoamor nos dice con el incurable pesimismo de Schopenhauer en prosa y de Leopardi en verso:—la vida es el mal; la vida es el dolor; el amor es la treta de la naturaleza para obligarnos á ser sus cómplices en el gran crimen de la vida; la muerte es el bien; la muerte es el descanso.—Pero, no lo creáis: este es un Kempis para los otros, pero no es un Kempis para sí. En Héine hay dolor que traspasa la carne y llega hasta el hueso, hasta la carie; en Campoamor hay coqueteos de desesperación. A él, en suma, le parece la naturaleza muy hermosa y adorables las mujeres. Quiere que desdeñemos las pompas del mundo, que nos vayamos de la vida, para quedarse solo y que le toque á más porción de placer.

Por eso al muy católico poeta le digo que me quedo. . . . entre otras cosas para asistir á su coronación en este mundo. . . . por si acaso. . . .





UN CRIMEN DE AMOR.

Al cerrar el libro, la célebre frase de Madame Roland, me ha venido á la memoria: ¡Oh, libertad, cuántos crímenes se cometen en tu nombre! ¿No puede decirse lo mismo del amor? El niño Eros, que la fantasía griega imaginó riendo y retozando en las rodillas de Afrodita; el pequeñuelo á quien los pintores del siglo XVIII hicieron revolotear con alas de cera sobre el peinado de polvo de las marquesas, en los cielos azules de los lechos; el rapaz inocente que sonríe en los gobelinos y gorjea en la música de Cimarosa ¡es un bandido! Las flechas de su carcax están emponzoñadas como las flechas del zulú; no es el alígero y travieso Querubín que se acurruca en las faldas de raso y tiene que ponerse de puntillas sobre el taburete para besar los labios de su dama; no es el chicuelo que deshoja rosas en la copa de Anacreón: ronda en los bosques; habita las cavernas, como los legendarios trogloditas; va con las brujas á recoger yerbas venenosas; en el aire, volando, es Calibán; en la ciudad, es el granuja pervertido que roba al transeunte y viola á las vendedoras de papeles; lleva ya muchos siglos de ser malo. Cátulo, Horacio, Hafiz, Meleagro, se engañaron: el niño, el rubio amor, es un malvado.

El libro de Paul Bourget deja en el alma el sentimiento doloroso que ha dictado estas líneas.

Hay algo nuestro, un pedazo de carne propia en esa historia. Se lee la anthología helénica, y un perfume de rosas húmedas refresca

nuestra sangre. El amor se nos presenta entonces como un joven sano, acompañado por su séquito de ninfas. En esa erótica poesía, el amor no engaña, es fugaz, es voluble, como volubles y fugaces son las mariposas; pero sus pies de seda no doblan las espigas del trigo; canta y se va, naturalmente, sin esfuerzo, sin llevarse nada de nuestra alma, como enmudece el ruiseñor para que la alondra le reemplace; no traiciona, no enferma; da lo que de él exige, como el licor da la embriaguez y el gas la luz. El amor moderno, el que suspira en la poesía, y grita, como un enfermo á quien se opera, en la novela, está postrado en un repugnante catre de hospital, ha recorrido las calles con los pies descalzos en una noche de nubes negras y de lodo pegajoso; viene de la taberna, en cuyas mesas verdea el ajenjo, pega los dientes á nuestro cutis cuando quiere besar, y se va triste, arrastrando la bala del presidio ó el lívido cadáver de una víctima. No somos ya sus dueños, como lo fueron los griegos, como lo fueron los latinos: él nos tiene; somos su «cosa,» la manceba vulgar á quien golpea cuando vuelve borracho después de haber jugado su jornal.

La verdad es que, al estudiar estos problemas del amor, me encuentro como sin duda me hallaría en las calles de Londres, al saltar, sin guía ninguno, del vapor. Es una gran ciudad que me ensordece con sus ruidos de colmena; nadie me dobla, nadie me conoce; oigo palabras cuyo sentido no penetro, y no acierto á saber si las mujeres que distingo son prostitutas en acecho ó grandes damas. ¿A dónde voy? ¿Hacia qué lado tuerzo? Junto al palacio puede estar el lupanar; junto al convento, la misteriosa casa de las citas; junto á la catedral, cuyas esbeltas torres suben á los cielos, la taberna cuyos torcidos sótanos descienden á las profundidades de la tierra. No es posible esculpir en un solo bloque la figura gigante del amor; no es una casa, es una Babilonia; no es una raza, es una humanidad; existe en los candores de Virginia, y existe en los descocos de Naná. Se llama legión. Recordando la frase de un poeta, podría decir:

Es lo noble y es lo abyecto,
Es lo risueño y lo grave.
Es la flor y es el insecto,
Es el reptil y es el ave!

Lo que descorazona en la novela de Bourget, es el exacto análisis de un crimen que casi todos hemos cometido ó nos sentimos capa-

ces de cometer. En el *Assomoir*, Zolá nos lleva á un «mundo» que no es el nuestro. Lo recorremos con curiosidad, como recorremos los barrios, en tranvías y cubriéndonos de cuando en cuando la nariz. Aquel olor á lejía, aquellas blusas, aquel ruido de los martillos en el zinc, nos son extraños. Un espíritu delicado se siente incapaz de encanallarse con *Naná*. Las novelas en que el amante mata á su querida, nos parecen casos excepcionales, oídos en una sala de jurados. Podemos, tal vez, ir á sentarnos algún día en el propio banco; pero el peligro es tan remoto, que ni por un instante frunce nuestro entrecejo.

De esos crímenes brutales, de ese puñal, de esa soga, de esa barra de hierro, estamos lejos. El crimen referido por Bourget sí nos conmueve. No hay una gota de sangre en el vestido de la víctima ni un gramo de veneno en su taza de te; anda, habla, sonrío, se morirá probablemente de una neumonía, por haber descuidado el cerrar bien su capota de pieles á la salida de algún baile; y sin embargo, cuando el lector cierra la última página del libro, no puede ya dudarle: ¡está bien muerta! El asesino es un perfecto gentleman, yo le llevaría á mi casa sin escrúpulo. Será egoísta, frío de corazón, vano y sensual; pero su maldad es la maldad corriente, la maldad que tiene derecho á tránsito, palco en el teatro y silla aparte en las iglesias. Es la maldad que hemos convenido en perdonarnos y que solemos descubrir, como la mujer disimula con los recursos de la moda, las imperfecciones de su cuerpo, sin curarse mucho de que el artificio se descubra. En resumen, ¿qué ha hecho? Poca cosa: ¡decir á una mujer que la ama y quiere ser amado! El amor en las montañas de Puerto Luis, va desnudo: se le conoce, muestra el sexo, es el amor! El amor en las ciudades usa muchos trajes; es necesario desatar las cintas de su corpiño para cerciorarse de que es él. El aldeano es confiado, cree en la lealtad de su mastín, deja abierta la puerta de su choza; el hombre de la ciudad se guarda del traficante estafador, del ratero, del asesino; y así como éste, es suspicaz, medroso nuestro amor. Le guardamos en el cajón de nuestra mesa, y allí suele barajarse y confundirse con el deseo, con la curiosidad, con el orgullo. El roce diario lo deslustra y descascara. Es como el asfalto de una acera por la que pasan continuamente muchos pies. Y habituados á ver en la vida real, en el teatro, en la novela, adúlteras, mujeres que traicionan, vírgenes que se venden, tenemos el amor dentro de casa, y si sale á la calle, va con el provinciano, vol-

viendo la vista atrás á todas partes, con miedo de que la engañen ó la roben. Decimos sin escrúpulo que amamos; pero esta frase corre con descuento, como el papel moneda de ciertos gobiernos; ya se sabe que vale menos de lo que representa. (El amor es un vestido que ponemos á nuestras concupiscencias, á nuestros caprichos y á nuestras vanidades, para que representen con decencia en la sociedad. Es como el frac.)

No narraré los episodios de la novela de Bourget: escribo para un amigo que la conoce y no hago ahora un juicio crítico: dejo que salgan y que se vayan casi desnudos los pensamientos que su lectura despertó. Por otra parte, el caso es sencillísimo: un adulterio nada más. El amante se hastía como casi todos los amantes. Reflexiona que el marido burlado es su amigo, su condiscípulo, su hermano, que adora inmensamente á su mujer, que es infeliz porque ella no le ama, y como todavía es capaz de una buena acción, el amante abandona á la adúltera; después de engañar al amigo, mata á la mujer; ¡esto es correcto! Al cabo y al fin, estas intrigas deben tener un término. Una mujer que falta á sus deberes, que deshonra á su esposo y á su hijo, es perversa, sin duda. Mas puede arrepentirse; hay que dejarla. Además, seguramente él no había sido su primer amante. Con una mujer casada, siempre se cree tener antecesor. Esta creencia nos alivia, nos sentimos mejores aceptándola. Alguien había dicho al amante el nombre de otro, de un rival antiguo. Quien tal decía era un calumniador, pero la calumnia es como el agua de mar: moja nuestras ropas, las ropas se secan, y no obstante, en una noche fría, las ropas, por sí solas, se humedecen. Mil veces, la esposa infiel, en sus coloquios de ternura, había dicho al amante, que por él y nada más por él había faltado. ¡Todas dicen lo mismo! ¡Es la novela que estamos condenados á escuchar perpetuamente! Lo moral, pues, era abandonar á la mujer. Lo extraordinario, lo milagroso, lo imprevisto, era que verdaderamente lo quería.

Armando, en cambio, no la había amado nunca. Tenía que confesarlo; lo veía claro, patente. No es arduo ni difícil observar si una botella está vacía. La habló de amor como había hablado á muchas otras; porque era ella hermosa y él se fastidiaba; porque escribir un nombre más en la lista de las *mille é tré*, halaga siempre nuestro amor propio; porque la noche es sabia Celestina, y el deseo formidable Galeoto. Su crimen, pues, consistió en esto; es decir: sin sentirlo. «Yo te amo.» El mérito de la novela estriba en el estudio psi-

cológico de esa desconfianza del amor que nos aqueja á todos y de la asesina ligereza con que, no amando, prodigamos el amor. Hay una mujer que nos llama, que nos solicita. Está junto al sillón del abuelo enfermo ó junto á la cuna del niño. Nada nos sería más sencillo que pasar sin hablarla; no la conocemos. Y, no obstante, sentimos el deseo de entrar en esa existencia, como sentimos el deseo de entrar á un tranvía, sin saber para qué, por matar el tiempo. Pasa un gorrión, tenemos una escopeta y disparamos. ¿Por qué no al blanco? ¿Por qué no al árbol? ¡Por humorada! ¡Por capricho! Esa mujer puede proporcionar á nuestro amor propio un placer semejante al que sentimos cuando nos cosquillean el cuello con una pluma de faisán. Halaga oír decir: «¿Veis esa morena? ¡Es de Fulano!» Las noches son muy largas en invierno, y la hora empleada en una cita las acorta. El deseo es nuestro cómplice; pero el deseo se va á la mitad del drama. ¡Está siempre de prisa! Entonces hay que pensar en la retirada. Estamos como se está en el baile cuando la cena se demora y las conversaciones languidecen. Hay que volver al guardarropa, tomar el sobretodo, abrir el claqué é irse al Club.

Lo único que tenemos en cuenta es el amor. Debemos despreciarnos mucho, porque nunca creemos ser amados. Cuando nos dicen «te amo,» esa frase nos parece tan absurda como esta otra: «iluminas.» La mujer nos acepta, como acepta un compañero para un wals. El wals concluye, y el compañero va á pedir las próximas cuadrillas á otra dama.

La verdad es que muchas veces pasa así.

Pero suponed que no todas las mujeres son como esas; suponed que una nos amó. Esto sorprende, porque en el fondo debemos tener la convicción de que somos terribles embusteros, puesto que jamás nos asalta el miedo de ser creídos. Hay una ingenua que nos crea? ¡Es una mera suposición! Porque nos aburríamos en un baile, porque nos fastidiaba una ópera de Wagner, porque dos labios frescos hicieron aletear en nuestra boca besos dormidos, porque murmuramos unas cuantas frases banales, la vida de esa crédula se trunca. La infeliz tomó como buenas las monedas falsas que le dimos y quiere cambiarlas. ¿No sabía que eran malas. . . ? ¿De qué país vienen? Esto nos maravilla, como si una actriz se desmayara de veras en un drama.

¡Y es imposible renunciar á decir: «¡te amo!» y es imposible creer que nos adoran!

C'est le destin. Il faut une proie au trepas.
 Il faut que l'herbe tombe au tranchant des faucilles.
 Il faut que dans le bal les folâtres cuadrilles.
 ¡Foulent des roses sous leurs pas!

Somos crueles, somos criminales. Dumas decía: «cuando un hombre golpea á una mujer, siempre venga á álguien.» Si nosotros amáramos, bien podríamos decir: cuando una mujer traiciona á su amante, venga á otra.



UNIVERSIDAD DE BUENOS AIRES
 BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
 "ALFONSO REYES"
 Calle 1625 MONTEVIDEO, URUGUAY

LA SONATA DE KREUTZER.

El Administrador de Correos de Nueva York (literato desconocido), ha dispensado al conde León Tolstoi la alta honra de prohibir su novela «La Sonata de Kreutzer.» En una sociedad que no se singulariza, ciertamente, por la fidelidad conyugal, parece extraño que se ponga veto á la venta de un libro que habla de adulterio. Y más extraño parece todavía que el Director ó Administrador de Correos sea el juez supremo en estos asuntos de moral.

Si ese caballero es un puritano que no transige ni hace transigir con las intemperancias y osadías de la novela moderna, le aconsejaría yo que renunciara el puesto, para no ponerse en pugna con su conciencia. Sí; ese señor no nació para Administrador de Correos. Hay que decirle lo que Hamlet dijo á Ofelia: *¡Vete á un convento!*

Casi todas las novelas que se publican en París son inmorales, ó mejor dicho, hablan de cosas que no son para dichas. Las que no son inmorales, generalmente son tontas, con excepción de algunas como «El Abate Constantino» de Ludovico Halevy, otra de Feuillet, y las *Marinas* ó paisajes, de Loti. De modo que si el Director de Correos en Nueva York se propone impedir la lectura de novelas inmorales, vale más que resueltamente no dé pase á ninguna de las que se publiquen en Europa. Suelen ser muy morales las novelas inglesas, de autoras contemporáneas; pero estas no viajan, nadie las lee. De las españolas han de parecer perversas al Director de Correos las últimas de Pérez Galdós; así que, en obvio de mayores dificultades, lo que debe decir y promulgar como decreto, es lo siguiente.